

Una mirada a la dimensión ética del Che

Roberto Muñoz
González

José Martí, el gran cubano de todos los tiempos, decía que al hombre debía educársele desde edades tempranas preferentemente en los sentimientos de independencia y dignidad, en el respeto verdadero al pensamiento ajeno y en la utilidad de la virtud. La educación, concebida como armónica ecuación entre las cualidades éticas del pensar y el hacer, debe servir como estímulo y vía al desarrollo interno de la humanidad de las personas, potenciando y dinamizando la vocación y voluntad por la superación en bien de todos y por encima de mezquinos instintos o de acciones egoístas.

El hombre, por su propia esencia social, tiene la posibilidad de autohacerse, de transformarse, de realizarse en el otro quien no forma parte de su mismidad, lo que puede y debe darse de manera progresiva y también contradictoria, a través de un largo y complejo proceso de aprehensión de las cualidades del otro. Sentir amor, admiración y respeto hacia alguien o algo, intentar ser uno mismo, tratando de ser el otro (paradigma positivo), es el camino que puede conducir al hombre y por extensión a los pueblos a la autenticidad. Por eso no dudamos que en estos momentos de inflexión histórica y de incertidumbre en que se debate el mundo contemporáneo, el Che nos ayude, y de hecho lo hace, a sobrepasar nuestra naturaleza en el proceso de linde que marca y re-define la re-germinación y re-creación continua de nuestra espiritualidad y de nuestro hacer como seres humanos.

El Che aspiró y luchó siempre por el triunfo de una conciencia y acción fraternal y económica entre los seres humanos, por alcanzar un hombre nuevo, diferente del hombre de las sociedades mercantiles, capaz de situar conscientemente sus principios morales de justicia social como ideal supremo de sus acciones altruistas; no al estilo socrático cuya finalidad era conocerse a sí mismo, ni a la manera de cosmopolitismo burgués, que aspira a una supuesta unidad del género humano, y mucho menos al estilo de las filosofías «postmodernas» y globalizantes que resultan en la práctica un atentado a los valores patrióticos y a la cultura y tradiciones de los pueblos; sino con la finalidad mucho más noble, racional y humana, de alcanzar el reino de la libertad, cambiando el «reino de este mundo», guiado siempre por grandes sentimientos de amor, porque «es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad».¹

La capacidad de amar es la cualidad más importante que debe poseer un revolucionario. El conocido cristiano brasileño Frei Betto, hablando sobre el Che

planteó: «En el evangelio Jesús dice: Nadie tiene más amor que quien es capaz de dar su vida por sus amigos. En ese sentido, Che es un santo, porque dio su vida no sólo por sus amigos, sino también para que sus enemigos se liberaran: para que el torturador dejara de ser torturador, para que el opresor dejara de ser opresor, para que el millonario dejara de ser millonario [...] El no quería la muerte de esa gente, quería liberarla. Por estos motivos puede considerarse un ejemplo».²

Esta es la visión que del Che tiene un cristiano, pero un cristiano revolucionario que también tiene una gran capacidad de amar y que reconoce que en la lucha por el mejoramiento humano y la transformación social, el Che mantuvo siempre una actitud de «radicalidad amorosa, porque después de pasar por Perú, Chile, Guatemala, México, venir a Cuba a hacer la Revolución y ser Ministro, estaba totalmente en paz con la Historia. Nadie podría pedir más.»

«A pesar de eso, él renunció a todos los bienes, distinciones, títulos, funciones y honores y completamente despojado se fue a la selva del Congo y luego a la de Bolivia».³

Esto solo puede darse en un revolucionario auténtico; en aquellos hombres cuyas acciones, actos e ideas altruistas, están guiadas «siempre por grandes sentimientos de amor».

Esa capacidad de amar, esa sensibilidad para entender la naturaleza toda, especialmente la humana, ese desprendimiento constante, esa confianza en el futuro y en la posibilidad del triunfo de lo humano, esa solidez de sus principios éticos en la que el pensar y el hacer siempre fueron de la mano coherentemente unidos como «la plata en las raíces de los Andes»,⁴ son las que hicieron de Ernesto Che Guevara un Maestro, un educador que fundió junto al auténtico crisol de su cultura, las cualidades más terrenales y humanas hasta convertirlo definitivamente en el Che: paradigma universal en la lucha por alcanzar la utilidad de la virtud.

Un Maestro necesariamente tiene que ser un educador que domine la ciencia de la educación y la enseñanza, pero sobre todo tiene que reunir en sí un conjunto de cualidades y valores humanos que de hecho lo convierten en referente, en guía, en modelo para los demás hombres, estas últimas razones son las imprescindibles. En este sentido el Che fue, es y seguirá siendo un Maestro, el más humano e integral de los Maestros, tal vez por eso el más universal de los Maestros.

No con poca frecuencia los que se acercan a esta figura, incluyendo a algunos estudiosos de su vida y obra, valoran su acción y pensamiento a partir de una personalidad dada, a partir del Che; como si él no fuera el resultado histórico del desarrollo de un conjunto de cualidades que se van formando desde edades tempranas y que están determinadas por múltiples factores que van desde el micro y macroentorno hasta las capacidades intelectivas del individuo.

Es conocido el amplio y rico ambiente cultural, el hábito y amor por la lectura, el carácter abierto, de respeto y confianza que caracterizaron la convivencia de la familia Guevara de la Serna. Interesante resulta conocer que, según testimonios de su propia familia,⁵ a los once años de edad Ernesto conoce y practica el idioma

¹ Ernesto Che Guevara: *Obras (1957-1967)*, t. 2., p. 382, Ed. Casa de las Américas, La Habana, 1970.

² Artículo «Cuba: La tierra Prometida», *Periódico Juventud Rebelde*, edición dominical, 24-8-97, p. 11.

³ *Ibidem*.

⁴ José Martí: *Obras Completas*, t. 6, p. 15, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

⁵ Ver: *Mi hijo el Che*, libro publicado por su padre Ernesto Guevara Lynch.

francés ayudado especialmente por su madre, lo que en años posteriores le permitiría leer directamente en esa lengua la rica historia y cultura francesas.

A los catorce años de edad lee, según su propio padre, los veinticinco tomos de la *Historia Contemporánea de Europa* que formaban parte del patrimonio bibliográfico de la familia. Se despierta en él un gusto especial, no solo por la literatura de aventuras al estilo de Julio Verne o Alejandro Dumas, la que leyó con gran pasión en su niñez, sino también por la poesía en sus más amplios orígenes, estilos y corrientes. Se interesa por el psico-análisis y estudia las obras de sus más importantes representantes. El movimiento impresionista en las letras y las artes plásticas con su fuerte carga de psicologismo, no le fue ajeno.

Estas lecturas, junto a otros factores condicionantes, fueron desarrollando en Ernesto un proceso de auto-conocimiento y control de su «yo», pero también desarrollaron en él una exquisita sensibilidad para conocer y tratar, de manera diferenciada, a las personas con que se relacionaba.

Su cultura literaria se enriquece lógicamente a partir de las obras de los más importantes escritores de habla hispana como son los casos de Cervantes, Lorca, Miguel Hernández, Antonio Machado, Pablo Neruda, Horacio Quiroga; Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, José Martí, etcétera. En Ernesto Guevara se da lo que de la literatura dice el escritor cubano Lisandro Otero cuando plantea: «La literatura no ha sido concebida para el incorformismo y la rebelión sino para el entendimiento, la penetración, la comprensión».⁶

En su vida como estudiante fueron la literatura, las matemáticas y la filosofía, las asignaturas que más lo sedujeron. La necesidad de descubrir e interpretar el mundo lo llevaron a escribir, desde los diecisiete años de edad, un diccionario filosófico estructurado en forma de cuadernos, en el que se denota «un marcado interés por conocer la historia de la filosofía, sus principales pensadores y corrientes; la búsqueda de definiciones éticas, políticas y psicológicas, por medio de las cuales alcanza valoraciones más profundas acerca de los hombres y su interrelación con el medio».⁷ Este diccionario no solo lo enriqueció teóricamente, sino que también le favoreció el desarrollo de un pensamiento lógico y un método creador que serían la base de reflexiones, investigaciones y prácticas futuras.

Antes de enrolarse en el proceso de la Revolución Cubana, lee y estudia también, de forma directa, la filosofía de Jean Paul Sartre; acerca de la teoría de los reflejos condicionados de Pavlov; estudia y se relaciona con las ciencias médicas, la ingeniería civil, las ciencias económicas, etcétera.

Especial atención prestó al conocimiento de las culturas precolombinas: lee sobre la historia de los aztecas, incas, y en particular sobre los mayas. Disfrutaba con la lectura de *Popol Vuh*, libro sagrado de los mayas quiché, valiosísima fuente histórica y literaria a través de la cual se puede apreciar la visión cosmológica y teogónica de la población aborigen de Mesoamérica. Estos conocimientos los completará en sus recorridos por diferentes países de nuestra América, donde visita importantes lugares asociados a estas culturas.

⁶ Discurso de apertura del IV Congreso de la UNEAC, *Cuba Socialista*, n. 32; mar.-abr., 1988, p. 59.

⁷ María del C. Ariet García: «Hasta vencer o morir», *Moncada*, n. 6; oct., 1987, p. 18.

En el plano histórico-cultural, tal vez haya sido la Revolución Francesa y todos los procesos que la antecedieron, uno de los sucesos europeos que junto a la posterior Revolución Rusa, más influyeron en su formación humanista.

Otros muchos factores de diversa naturaleza pudieran señalarse como elementos que también jugaron un papel importante en la formación de la personalidad y la ideología del gran hombre: su natural inteligencia; el asma que padece desde los dos años y a la que tuvo que sobreponerse toda la vida; el contacto directo y sistemático con la naturaleza; las relaciones y el contacto con la doctrina marxista, con sus utopías, sus aspiraciones y su práctica; su encuentro y compromiso con la Revolución Guatemalteca primero y después con la Revolución Cubana.

Todos estos factores en su conjunto y múltiples interrelaciones, fueron favoreciendo y condicionando en él, la formación de un sistema de valores y sentimientos que sellaron definitivamente la armónica personalidad del más humano, integral y universal de los revolucionarios de este siglo. Maestro por excelencia, en tanto su vida y obra humana es modelo guiador de las más nobles virtudes y esperanzas de los hombres de nuestro tiempo.

Hoy día el hombre se espanta de sí mismo, de la «civilización» alcanzada. Más que progreso parece retroceso; el ser animal se impone peligrosamente al ser racional; los refugios espirituales se enturbian de irracionales propuestas filosóficas doctrinarias y de sectarismos religiosos que más que liberar al hombre, lo hacen cada vez más siervo del «reino de este mundo».

Sin embargo el empeño en cambiar el «reino de este mundo» no es suficiente cuando el pensar y el hacer se divorcian. La historia de la humanidad es la mejor prueba que posee el hombre actual, para entender que el reino de la libertad solo alumbrará cuando la humanidad sea capaz de romper con las verdaderas causas y condiciones que determinan su existencia enajenada y semejante. El siglo XVIII ha quedado atrás; la «razón» que lo asistió solo fue un breve tramo cualitativo en la espiral del desarrollo; las luces de aquella centuria se opacan. El nuevo siglo necesitará una nueva «razón» y nuevas «luces»; las *Declaraciones* tendrán que ser radicales, no solo en su letra y espíritu, sino sobre todo en su ejecutividad real que permita a los pueblos, verdaderos protagonistas de la Historia, hacer respetar su derecho de existencia, asumiendo ese derecho del modo más profundo y consecuente posible.

Es triste observar cómo en los últimos años muchos han perdido la fe en el carácter perfectible del hombre; no pocos guardaron las utopías movilizadoras donde no se las ve, olvidando que el hombre «... es un cúmulo de potencialidades que, cuando se reconducen al acto, perfeccionan su misma naturaleza. La esencia del ser humano se acerca más a lo que puede ser que a lo que es: se trata de ir más allá de uno mismo».⁸ Aquí es donde deben funcionar los paradigmas positivos de que hablamos, aquí es donde el Che puede ayudarnos a ser criaturas más humanas y por tanto más plenas.

En algunas partes del mundo existen visiones equivocadas de la figura del Che, como hombre iluso y aventurero, como un ser apasionado que simplemente se dejó arrastrar por una doctrina política por sobre los dictados de la conciencia

⁸ Ángel Esteban-Porrás del Campo: «La doble otredad realizativa de José Martí», *Anuario del CEM*, La Habana, n. 16, 1993, p. 188.

moral. Estas percepciones solo pueden tenerlas aquellas personas desconocedoras de la vida y la obra del Che, o aquellas frustradas en su autoconciencia política de juventud o vejez, o las que ideológicamente están interesadas en hacer desaparecer las esperanzas de un mundo diferente, achatando las utopías y los paradigmas revolucionadores.

El propio Che llegó a esclarecer en vida qué tipo de aventurero era cuando afirmó: «muchos me dirán aventurero, y lo soy; solo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades».⁹ Sí, un hombre que asumió una postura radical ante la vida y el combate, y que en el magnífico cumplimiento del deber entendió y practicó la máxima martiana de que la mejor manera de decir es hacer, tenía, necesariamente, que ser un aventurero diferente.

Su gran experiencia latinoamericana perfiló, de manera definitiva, su espíritu de aventurero de tipo diferente. El viaje que realiza por nuestra mayúscula América, lo acercan más profundamente a la historia y situación verdaderamente calamitosa de los países «suavemente llamados subdesarrollados».¹⁰

Luego que en México se enrola definitivamente en el movimiento revolucionario cubano, al unirse a los expedicionarios del yate Granma dirigidos por Fidel Castro, en carta fechada a fines de 1956 escribe: «tenía que llegar a una serie de conclusiones que se daban de patadas con mi trayectoria esencialmente aventurera, decidí cumplir las funciones principales, arremeter con el orden de cosas, con la adarga al brazo [...] los signos son buenos. Auguran victorias.»¹¹

Su conocimiento del hombre y de la sociedad, de profunda significación dialéctica, le permitió entender que las revoluciones, transformaciones sociales radicales y aceleradas, hechas de las circunstancias; no siempre, o casi nunca, o quizás nunca, maduradas y previstas científicamente en sus detalles: «... hechas de pasiones, de la improvisación del hombre en su lucha por las reivindicaciones sociales, no son nunca perfectas»¹² y no pueden ser perfectas, porque las revoluciones, mientras más radicales sean, más escollos, intereses, pasiones y contradicciones tendrán que vencer en la marcha de creación de un hombre que logre re-apropiarse de «su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte».¹³

Toda esa lección de cultura y sensibilidad hacia sus semejantes, toda esa sabiduría ecuménica sobre los problemas existenciales del hombre, esta Universidad la supo reconocer tempranamente, cuando el 28 de diciembre de 1959, a un año exacto de que entrara por vez primera a este recinto universitario, con su adarga al brazo y tan lleno de victorias como le habían augurado los signos poco tiempo antes, acordó otorgarle la condición de *Doctor Honoris Causa* en Pedagogía, como si adivinara las virtudes extraordinarias de aquel hombre que apenas despuntaba como Che.

⁹ Ernesto Che Guevara: *Obras (1957-1967)*, p. 382, Casa de las Américas, La Habana, 1970.

¹⁰ «Cuba, ¿excepción histórica y vanguardia de la lucha anticolonialista?, *Verde Olivo*, La Habana; 9 de abril de 1961.

¹¹ Citado por María del C. Ariet García en: «Hasta vencer o morir», revista *Moncada* (6): 23, octubre 1987.

¹² Ernesto Che Guevara: revista *Verde Olivo*, La Habana, 12 de febrero de 1961.

¹³ -----: *El socialismo y el hombre en Cuba. Escritos y Discursos*, t. 8, p. 253, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1977.

Hoy sabemos bien que su fe inquebrantable siempre se elevó por sobre las precariedades y reveses de la vida y el combate, porque supo asumir y mirar la vida como de gigante a enano.

Fue Maestro porque fue creador, conductor de hombres y pueblos. Es Maestro porque es referente universal, porque su estrella sigue siendo guiadora, porque es y será un imprescindible recurso ético en el difícil y empedrado camino que debe conducir, conducirá, a un futuro que en él y con él, sin cesar se vivifica. Por eso, la muerte del gran hombre en tierras de América, revestida de auténtica nobleza, ha sido y será eternamente manifestación fecunda, tarea nueva y marcha hacia el futuro.